

MAURICE LEBLANC

ARSÈNE LUPIN

LA AGUJA HUECA

Traducción de Zulema Couso



Duomo ediciones

Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

Título original: *Arsène Lupin, L'Aiguille creuse*

Autor: Maurice Leblanc

© 2021, de la traducción, Zulema Couso

ISBN: 978-84-18538-59-9

Código IBIC: FA

Depósito legal: B 5.464-2021

© de esta edición, 2021 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: junio de 2021

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoedizioni.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.





1

EL DISPARO

Raymonde escuchó con atención. Escuchó el ruido dos veces más con suficiente claridad como para distinguirlo entre los sonidos confusos que pululaban en el gran silencio nocturno, pero con una sutileza que no le permitía distinguir si se había producido cerca o lejos, tras las paredes de la gran casa de campo o en el exterior, entre los rincones oscuros del parque.

Se levantó despacio. Abrió de par en par la ventana solo entreabierta hasta entonces. La claridad de la luna bañaba el tranquilo paisaje que formaban los matorrales entre los que las ruinas dispersas de la vieja abadía dibujaban siluetas trágicas, columnas truncadas, crucerías incompletas, esbozos de pórticos y pedazos de arbotantes. Una brisa rozaba la superficie y se deslizaba entre las ramas desnudas e inmóviles de los árboles sacudiendo las hojas que nacían de los arbustos.

Y de repente se volvió a oír el mismo ruido a su izquierda, en el piso inferior, es decir, en los salones del ala izquierda del castillo.

Aunque era valiente y fuerte, la joven sintió la angustia del miedo. Se puso una bata y cogió los fósforos.

—Raymonde, Raymonde...

Una voz débil como un susurro la llamaba desde la habitación de al lado, cuya puerta no había sido cerrada. Allí se dirigía a tientas cuando Suzanne, su prima, salió de la habitación y se echó en sus brazos.

—¿Eres tú, Raymonde? ¿Lo has oído?

—Sí. ¿Estabas despierta?

—Creo que lo que me ha despertado hace bastante rato ha sido el perro, pero ya no ladra. ¿Qué hora será?

—Sobre las cuatro.

—Escucha... Alguien se está moviendo por el salón.

—No te preocupes, tu padre está allí, Suzanne.

—Pero será peligroso para él. Su habitación está justo al lado.

—Daval también está allí.

—Sí, pero en el otro extremo del castillo. No habrá oído nada.

Dudaron, sin saber muy bien qué hacer. ¿Llamar? ¿Gritar para pedir ayuda? Incluso el propio sonido de su voz les parecía terrible, así que no se atrevieron. Pero Suzanne, que se había acercado a la ventana, sofocó un grito.

—Mira, hay un hombre junto a la fuente.

En efecto, un hombre se alejaba a paso rápido. Llevaba bajo el brazo un objeto de dimensiones bastante grandes que no podían distinguir bien y que le iba golpeando en la pierna y dificultando su marcha. Le vieron pasar cerca de la antigua capilla y dirigirse hacia una pequeña puerta tallada en el muro. La puerta debía estar abierta, ya que el hombre desapareció de repente y no oyeron el habitual crujir de las bisagras.

—Venía del salón —susurró Suzanne.

—No, las escaleras y el vestíbulo lo habrían llevado mucho más a la izquierda. A menos que...

Se les ocurrió la misma idea y se inclinaron hacia afuera por la ventana. Debajo, había una escalera apoyada contra la fachada que llegaba hasta el primer piso. Una tenue luz iluminaba el balcón de piedra y otro hombre que también llevaba algo pasó las piernas por la baranda del balcón, se deslizó por la escalera y huyó por el mismo camino.

Suzanne, asustada y sin fuerzas, se dejó caer de rodillas.

—Tenemos que pedir ayuda —balbuceó.

—¿Quién va a venir? Tu padre... ¿Y si hay otros hombres y le atacan?

—Podríamos avisar al servicio. Tu timbre se comunica con su piso.

—Sí, sí, es una idea... ¡Eso si llegan a tiempo!

Raymonde buscó el timbre cerca de la cama y lo pulsó con el dedo. Escucharon vibrar la llamada en el piso de arriba y les dio la impresión de que también lo habrían percibido desde abajo.

Esperaron. La brisa ya no agitaba las hojas de los arbustos y el silencio se volvió aterrador.

—Tengo miedo, tengo miedo —repetía Suzanne.

Y de repente, en mitad de la noche oscura, oyeron el sonido de una pelea en el piso de abajo, el estruendo de los muebles al volcarse, gritos, y un gemido ronco, horrible, siniestro, el bufido de un ser al que están degollando.

Raymonde se acercó a la puerta de un salto. Suzanne se aferró desesperadamente a su brazo.

—No me dejes sola. Tengo miedo.

Raymonde la apartó de un empujón y se lanzó al pasillo. Suzanne la siguió enseguida, tambaleándose de una pared a otra y gritando. Alcanzó las escaleras y descendió como un rayo, se apresuró hacia la gran puerta del salón y se detuvo en

seco, clavada en el umbral, mientras Suzanne se dejaba caer a su lado. Enfrente, a tres pasos de distancia, había un hombre que sostenía una linterna en la mano. Apuntó hacia las dos muchachas y la luz las cegó. Observó con detenimiento sus caras y sin prisa, con los movimientos más tranquilos del mundo, cogió su gorra, un trozo de papel y dos briznas de paja, borró las marcas de la alfombra, se acercó al balcón, se volvió hacia las jóvenes, las saludó con un gesto exagerado y desapareció.

Suzanne fue la primera en entrar corriendo a la pequeña salita que separaba el gran salón del dormitorio de su padre pero el terrible espectáculo que vio desde la entrada la aterrizó. Bajo el resplandor de la luna vio dos cuerpos sin vida acostados uno junto al otro en el suelo. Se inclinó sobre uno de ellos.

—¡Papá! ¡Papá! ¿Eres tú? ¿Qué te pasa? —gritó, alterada.

Un momento después, el conde De Gesvres se movió.

—No temas —le dijo con la voz rota—. No estoy herido. ¿Y Daval? ¿Está vivo? ¿Y el cuchillo? El cuchillo.

Justo entonces llegaron dos sirvientes con velas. Raymond se lanzó sobre el otro cuerpo y reconoció a Jean Daval, secretario y hombre de confianza del conde. Su rostro mostraba la palidez de la muerte.

Entonces la muchacha se levantó, volvió al salón y cogió un rifle de la pared que sabía que estaba cargado. Salió al balcón. No habían transcurrido ni sesenta segundos desde que el individuo había puesto un pie en el peldaño superior de la escalera. Por lo tanto, no podía estar muy lejos, sobre todo porque había tomado la precaución de quitar la escalera para que nadie en la casa la pudiera utilizar. Lo vio enseguida bordeando los escombros del antiguo claustro. Se colocó el arma en el hombro, apuntó tranquilamente y disparó. El hombre cayó.

—¡Bien hecho! —exclamó uno de los sirvientes—. Ya nos encargamos nosotros. Voy yo.

—No, Victor, se está levantando. Mejor baja por las escaleras y ve directo a la puerta del muro. Solo puede escapar por ahí.

Victor salió corriendo pero incluso antes de que pudiera llegar al jardín el hombre volvió a caer. Raymonde llamó al otro sirviente:

—Albert, ¿lo ves allí cerca del gran arco?

—Sí, se está arrastrando por la hierba. Está acabado.

—Vigílalo desde aquí.

—No tiene escapatoria. A la derecha de las ruinas, no hay más que césped al descubierto.

—Y Victor vigila la puerta de la izquierda —dijo ella al coger el rifle.

—¡No vaya, señorita!

—Sí —respondió ella, con tono decidido y movimientos abruptos—. Déjame, me queda un cartucho. Si se mueve...

Salió. Un momento más tarde, Albert la vio dirigirse hacia las ruinas. Le gritó desde la ventana:

—Se ha arrastrado hasta detrás del arco. Ya no lo veo. Tenga cuidado, señorita.

Raymonde recorrió el viejo claustro para cortar cualquier posibilidad de escape del hombre y Albert enseguida la perdió de vista. Unos minutos después, al seguir sin verla, se preocupó y, sin dejar de observar las ruinas, en vez de bajar las escaleras de la casa trató de alcanzar la escalera de mano. Cuando lo consiguió, bajó rápidamente y corrió hacia el arco bajo el que había visto al hombre por última vez. Unos pasos más allá, encontró a Raymonde buscando a Victor.

—¿Y bien? —le preguntó.

—No he podido ponerle las manos encima —dijo Victor.

—¿Y la puerta?

—Vengo de allí. Aquí está la llave.

—Entonces, habría que...

—Lo tenemos, seguro. En diez minutos habremos atrapado al sinvergüenza.

El granjero y su hijo, que se habían despertado al oír el disparo de la escopeta, llegaron desde la granja, que estaba a bastante distancia a la derecha, pero dentro del recinto. No habían visto a nadie.

—Por supuesto que no —comentó Albert—. Ese rufián no ha podido salir de las ruinas. Estará escondido en algún lugar.

Organizaron una búsqueda minuciosa, revisando cada arbusto, apartando las espesas cortinas de hiedra que se enrollaban en las columnas. Se aseguraron de que la capilla estuviera bien cerrada y de que ninguna de las vidrieras estuviera rota. Examinaron el claustro, comprobaron cada esquina y cada rincón, pero la búsqueda fue en vano.

Lo único que descubrieron fue una gorra de chófer de cuero rojizo en el mismo lugar donde había caído el hombre, herido por Raymonde. Aparte de eso, nada.

A las seis de la mañana, informaron a la gendarmería de Ouille-la-Rivière, quienes se presentaron en el lugar de los hechos tras enviar una breve nota a la fiscalía de Dieppe que relataba las circunstancias del crimen, la captura inminente del principal culpable y «el descubrimiento de la gorra y del cuchillo con el que había cometido el crimen». A las diez, dos coches descendieron por la ligera pendiente que conducía al castillo. El ayudante del fiscal viajaba en un venerable carruaje junto con el juez de instrucción acompañado por su secretario. En el otro, un modesto descapotable, llegaron dos jóvenes reporteros en representación del *Journal de Rouen* y un gran periódico de París.

El viejo castillo apareció ante sus ojos. Antiguamente ha-

bía sido la residencia de los priores de Ambrumésy, después destrozada por la Revolución y restaurada por el conde De Gesvres, a quien había pertenecido desde hacía veinte años. El recinto lo formaban un conjunto de alojamientos coronados por un pináculo desde donde velaba un reloj y dos alas, cada una envuelta en una balaustrada de piedra. Por encima de los muros del parque y más allá de la llanura que sostenían los altos acantilados normandos, se podía ver la línea azul del mar entre los pueblos de Sainte-Marguerite y Varangeville.

Allí vivía el conde De Gesvres con su hija Suzanne, una criatura bonita y delicada de pelo rubio, y su sobrina Raymonde de Saint-Véran, a quien había recibido dos años antes cuando se quedó huérfana tras la muerte simultánea de su padre y de su madre. Su existencia era tranquila y sencilla. Algunos vecinos los visitaban de vez en cuando. En verano, el conde llevaba a las dos chicas casi todos los días a Dieppe. Era un hombre alto, de cara hermosa pero grave, con el pelo canoso. Gestionaba su gran fortuna él mismo y supervisaba sus propiedades con la ayuda de su secretario Jean Daval.

Nada más entrar, el juez de instrucción recogió las primeras conclusiones que le brindó el sargento Quevillon. La captura del culpable, aunque inminente, todavía no se había llevado a cabo, pero todas las salidas del parque estaban cubiertas. Era imposible escapar.

El pequeño grupo cruzó la sala capitular y el refectorio situados en la planta baja y llegó al primer piso. Inmediatamente notaron que el salón se encontraba en perfecto orden. No había ni un mueble ni un objeto que no ocupara su lugar habitual, ni tampoco faltaba nada. A derecha y a izquierda colgaban magníficos tapices flamencos con diversos personajes. Al fondo, sobre los paneles, cuatro hermosos lienzos en sus marcos contemporáneos representaban escenas mitológicas. Eran los famosos cuadros de Rubens y los tapices de

Flandes que había legado al conde De Gesvres su tío materno, el marqués de Bobadilla, grande de España.

—Si el robo fue el motivo del crimen, los hechos no se cometieron en este salón —comentó Filleul, juez de instrucción.

—¿Quién sabe? —respondió el ayudante del fiscal, que hablaba poco pero que siempre le llevaba la contraria al juez.

—Lo primero que haría un ladrón sería apoderarse de estos tapices y pinturas de fama universal.

—Quizás no hubo tiempo.

—Eso es lo que vamos a averiguar.

En este momento, entró el conde De Gesvres seguido por el médico. El conde, que no parecía tener secuelas de la agresión que había sufrido, dio la bienvenida a los dos magistrados. Luego abrió la puerta de la salita.

Nadie había entrado allí después del crimen excepto el médico y, en contraste con el salón, en su interior reinaba un gran desorden. Había dos sillas volcadas, una de las mesas estaba hecha pedazos y había varios objetos desperdigados por el suelo, como un reloj de viaje, un archivador o una caja de papel llena de cartas. Algunas de las hojas blancas derramadas estaban manchadas de sangre.

El médico apartó la sábana que ocultaba el cadáver. Jean Daval, vestido con su traje de terciopelo habitual y con botas reforzadas, estaba tumbado bocarriba, con un brazo doblado debajo de él. Le habían desabrochado la camisa y se veía una gran herida que le cruzaba el pecho.

—La muerte debe haber sido instantánea —dijo el médico—. Una cuchillada ha sido suficiente.

—Sin duda han utilizado el cuchillo que vi en la chimenea del salón, junto a una gorra de cuero —respondió el juez.

—Sí, cogieron el cuchillo de aquí —certificó el conde De Gesvres—. Forma parte del mismo arsenal del salón del

que mi sobrina, la señorita De Saint-Véran, cogió el rifle. En cuanto a la gorra de chófer, obviamente pertenece al asesino.

Filleul estudió con más detenimiento algunos detalles de la habitación, hizo algunas preguntas al médico y luego le pidió a De Gesvres que le ofreciera su versión de lo que había visto y de lo que sabía. Esto es lo que el conde le contó:

—Jean Daval me despertó. Yo estaba pasando una mala noche, con episodios de duermevela en los que tenía la impresión de escuchar pasos, cuando de repente, al abrir los ojos, lo vi a los pies de mi cama, con una vela en la mano y vestido como está ahora, porque a menudo trabajaba hasta bien entrada la noche. Parecía agitado y me dijo en voz baja que había alguien en el salón. De hecho, escuché ruidos. Así que me levanté y abrí con mucho cuidado la puerta de la alcoba. En ese mismo momento, se abrió esta otra puerta que da a la gran sala de estar. Un hombre saltó sobre mí y me dejó aturdido de un puñetazo en la sien. No se lo estoy contando con todo lujo de detalles porque solo recuerdo los hechos principales, señor juez, y estos ocurrieron con extraordinaria rapidez.

—¿Y después?

—Después, no sé más. Cuando recuperé el conocimiento, Daval estaba en el suelo, herido de muerte.

—Dada la situación, ¿no sospecha de nadie?

—De nadie.

—¿No tiene ningún enemigo?

—No, que yo sepa.

—¿Y Daval tampoco?

—¿Daval? ¿Enemigos? No conozco una persona mejor. Durante veinte años, el señor Daval ha sido mi secretario, y debo decir que también mi confidente. Nunca he visto a nadie de su entorno que no le tuviera otra cosa que simpatía.

—Sin embargo, nos encontramos ante este suceso y un asesinato. Seguro que hay un motivo para todo esto.

—¿El motivo? Un robo, simple y llanamente.

—Pero ¿han robado algo?

—Nada.

—¿Entonces?

—Entonces, no han robado nada y no falta nada, pero algo se han tenido que llevar.

—¿El qué?

—Eso no lo sé. Pero mi hija y mi sobrina les informarán con total certeza de que vieron a dos hombres cruzar el césped y que esos dos hombres iban cargados con algo bastante grande.

—Puede que las señoritas...

—¿Puede que las señoritas lo hayan soñado? Podría ser una teoría, sobre todo porque llevo desde esta mañana pensando en distintas conclusiones y suposiciones. Pero eso habría que preguntárselo a ellas.

Llamaron a las dos primas al salón. Suzanne, todavía pálida y temblorosa, apenas podía hablar. Raymonde, más enérgica y firme, más guapa también gracias al brillo dorado de sus ojos marrones, relató los acontecimientos de la noche y su papel en ellos.

—Señorita, ¿está totalmente segura de su declaración?

—Claro que sí. Los dos hombres que cruzaron el césped iban cargados con objetos.

—¿Y el tercero?

—Se fue con las manos vacías.

—¿Nos lo podría describir?

—Nos cegaba su linterna. Lo único que puedo decir es que tenía aspecto grande y corpulento.

—¿Le dio también la misma impresión, señorita? —le preguntó el juez a Suzanne de Gesvres.

—Sí... Bueno, no —se corrigió Suzanne tras reflexionar—. A mí me pareció que era de mediana estatura y delgado.

Filleul sonrió, acostumbrado a las diferencias de opinión y de impresiones entre los testigos de un mismo hecho.

—Por un lado, nos encontramos entonces en presencia de un individuo, el del salón, que es a la vez grande y pequeño, corpulento y delgado, y, por otro lado, de dos individuos, los del césped, acusados de haberse llevado objetos del salón que todavía están aquí.

Filleul era juez de la escuela irónica, como a él mismo le gustaba relatar. También era un juez al que no le desagradaba tener público ni desaprovechaba las oportunidades de demostrar sus conocimientos, lo cual certificaba el creciente número de personas que se iban acumulando en el salón. A los periodistas ahora se habían unido el granjero y su hijo, el jardinero y su esposa, más el personal del castillo y los dos conductores de los coches de Dieppe. Continuó:

—También hay otra cuestión, debemos ponernos de acuerdo sobre cómo desapareció este tercer personaje. ¿Le disparó desde esta ventana, señorita?

—Sí, el hombre llegó a la lápida que está prácticamente tapada por las zarzas, a la izquierda del claustro.

—Pero ¿se levantó?

—Solo a medias. Victor bajó inmediatamente para vigilar la pequeña puerta y yo lo seguí. Dejé aquí vigilando a nuestro sirviente Albert.

Albert dio también su testimonio y el juez concluyó:

—Por lo tanto, según las declaraciones, el herido no pudo escapar por la izquierda, ya que su compañero estaba vigilando la puerta, ni tampoco por la derecha, ya que lo habría visto cruzar el césped. Por lo tanto, y como es lógico, actualmente se encuentra en el espacio relativamente pequeño que tenemos ante nosotros.

—Eso creo.

—¿Y usted, señorita?

—Sí.

—Yo también —dijo Victor.

El ayudante del fiscal exclamó, en tono de burla:

—El alcance de las investigaciones es bastante limitado, solo tenemos que continuar con las pesquisas iniciadas hace cuatro horas.

—Tal vez tengamos más suerte.

Filleul cogió la gorra de cuero de la chimenea, la examinó y llamó aparte al sargento de los gendarmes.

—Sargento, envíe a uno de sus hombres inmediatamente a Dieppe, a la sombrerería Maigret, y que el señor Maigret nos diga, si es posible, a quién le vendió esta gorra —le dijo.

«El alcance de las investigaciones», según comentó el ayudante del fiscal, se limitaba al espacio entre el castillo, la parte derecha del césped y el ángulo formado por la pared izquierda y la pared opuesta al castillo; es decir, un cuadrilátero de unos cien metros en el que se elevaban las ruinas de Ambrumésy, el famoso monasterio de la Edad Media.

Inmediatamente vieron el rastro dejado por el fugitivo en la hierba pisoteada. En dos lugares encontraron además rastros de sangre ennegrecida, casi seca. Tras doblar el arco que marcaba el final del claustro, no había nada más que naturaleza, el suelo cubierto de agujas de pino ya no mostraba las huellas del paso de ningún cuerpo. Pero, en ese caso, ¿cómo había logrado el hombre herido escapar de la atenta mirada de Raymonde, Victor y Albert? No había más que maleza y algunas lápidas que tanto el servicio como los gendarmes habían registrado.

El juez de instrucción le dijo al jardinero, que tenía la llave, que abriera la capilla, una verdadera joya arquitectónica de la época que tanto el tiempo como las revoluciones habían respetado, y que siempre se había considerado, con el delicado cincelado del porche y sus estatuillas, como una de las mara-

villas del estilo gótico normando. La capilla, muy sencilla en su interior, sin otro adorno que el altar de mármol, no ofrecía ningún lugar en el que ocultarse. Además, para ello tendría que haber conseguido entrar. ¿Cómo habría podido hacerlo?

La inspección culminó con la pequeña puerta que servía de entrada para los visitantes a las ruinas. Daba a un camino angosto abierto entre el recinto y un bosque bajo en el que se veían canteras abandonadas. Filleul se agachó. El polvo en la carretera mostraba marcas de neumáticos antideslizantes. De hecho, Raymonde y Victor creían haber escuchado el sonido de un vehículo tras el disparo.

—El herido habrá logrado reunirse con sus cómplices —sugirió el juez de instrucción.

—¡Imposible! —exclamó Victor—. Yo estaba allí mientras la señorita y Albert todavía no lo habían perdido de vista.

—Pues en algún sitio tiene que estar, fuera o dentro, no hay otra opción.

—Está aquí —insistieron los sirvientes con obstinación.

El juez se encogió de hombros y regresó al castillo de bastante mal humor. No había duda de que el caso no se presentaba muy bien. Un robo en el que no se había robado nada, un prisionero invisible... No tenían nada.

Era tarde. El conde De Gesvres pidió a los magistrados y a los dos periodistas que se quedaran a almorzar. Comieron en silencio y después Filleul regresó al salón, donde interrogó al servicio. Pero entonces escucharon el trote de un caballo resonar en el patio y, un momento después, apareció el gendarme al que habían enviado a Dieppe.

—¿Ha visto al sombrerero? —le preguntó el juez, ansioso por obtener algo de información finalmente.

—Le vendió la gorra a un chófer.

—¡Un chófer!

—Sí, a un conductor que se detuvo con su coche frente

a la tienda y le preguntó si le podía vender un sombrero de conductor de cuero amarillo para uno de sus clientes. Solo le quedaba este. Le pagó sin ni siquiera preocuparse por la talla y se fue. Tenía mucha prisa.

—¿Qué coche era?

—Un cupé de cuatro plazas.

—¿Y qué día fue?

—¿Que qué día? Esta misma mañana.

—¿Esta mañana? ¿De qué está hablando?

—Compró la gorra esta mañana.

—Pero eso es imposible, la encontraron anoche en el parque y por lo tanto debieron haberla comprado antes.

—Esta mañana. Es lo que me ha dicho el sombrero.

Hubo un momento de desconcierto general. El juez de instrucción, estupefacto, se esforzaba por entender la situación. De repente, dio un salto, como si le acabara de llegar la inspiración.

—¡Que venga el conductor que nos ha traído esta mañana!

El sargento de la gendarmería y su subordinado corrieron a los establos. Después de unos minutos, el sargento volvió solo.

—¿Y el conductor?

—Pidió comida en la cocina, almorzó y luego...

—¿Y bien?

—Se marchó.

—¿Con su coche?

—No. Con el pretexto de ir a ver a un familiar en Ouville, tomó prestada la bicicleta del mozo de cuadra. Aquí están su sombrero y su abrigo.

—Pero ¿se fue con la cabeza descubierta?

—Se sacó una gorra del bolsillo y se la puso.

—¿Una gorra?

—Sí, de cuero amarillo, parece ser.

—¿De cuero amarillo? No puede ser, está aquí.

—En efecto, señor juez, pero la suya es muy parecida.

El ayudante del fiscal dibujó una ligera sonrisa burlona.

—Qué curioso. Hay dos gorras, una, la verdadera y nuestra única prueba, que ha desaparecido en la cabeza de nuestro falso chófer. La otra, la que tiene en sus manos, es falsa. Ese hombre tan atrevido nos la ha jugado pero bien.

—¡Hay que atraparlo y traerlo de vuelta! —exclamó Filleul—. Sargento Quevillon, mande a dos de sus hombres a caballo y a toda velocidad.

—Ya está muy lejos —respondió el ayudante del fiscal.

—Por muy lejos que esté, tenemos que ponerle las manos encima.

—Sin duda. Pero, señor juez, creo que deberíamos concentrar nuestros esfuerzos aquí. ¿Le importaría leer este papel que acabo de encontrar en el bolsillo del abrigo?

—¿Qué abrigo?

—El del chófer.

El ayudante del fiscal le entregó al señor Filleul un papel doblado en cuatro en el que se leían algunas palabras escritas a lápiz, en una caligrafía algo vulgar:

«Ay, de la señorita si mató al jefe».

El incidente causó cierta conmoción.

—A buen entendedor... Estamos advertidos —murmuró el ayudante del fiscal.

—Señor conde —dijo el juez de instrucción—, le ruego que no se preocupe. Ustedes tampoco, señoritas. Esta amenaza no tiene ninguna importancia, ya que la policía está aquí. Se tomarán todas las precauciones necesarias. Yo respondo por su seguridad. En cuanto a ustedes, caballeros —añadió, dirigiéndose a los dos periodistas—, cuento con su discreción. Están presentes en esta investigación gracias a mi com-

placencia, y no sería una muestra de agradecimiento muy adecuada...

Se interrumpió, como si se le hubiera ocurrido una idea de repente. Miró a los dos jóvenes y se acercó a uno de ellos.

—¿Para qué periódico trabaja?

—Para el *Journal de Rouen*.

—¿Tiene alguna identificación?

—Aquí está.

El documento estaba en orden, no había nada que objetar. Filleul preguntó al otro periodista:

—¿Y usted?

—¿Yo?

—Sí, usted, le pregunto a qué redacción pertenece.

—Por favor, señor juez, escribo en varios periódicos.

—¿Su documento de identidad?

—No lo tengo.

—¿Y eso?

—Para que un periódico te dé una identificación, es necesario escribir para ellos de manera regular.

—¿Y?

—Bueno, pues que soy un colaborador ocasional. Envío artículos a varios periódicos que publican o rechazan, dependiendo de las circunstancias.

—En ese caso, ¿nombre, papeles?

—Mi nombre no le diré nada. En cuanto a mis papeles, no tengo.

—No tiene ningún papel que acredite su profesión.

—No tengo profesión.

—Vamos a ver —exclamó el magistrado con cierta aspereza—, no puede pretender seguir preservando su anonimato después de presentarse aquí con artimañas y enterarse de los secretos de la policía.

—Me gustaría comentar, señor juez, que no me preguntó

nada cuando llegué y que, por lo tanto, no he dicho ninguna artimaña. Además, no me pareció que la investigación fuera secreta, ya que todo el mundo estaba presente, incluso uno de los culpables.

Hablaba con calma, en un tono de cortesía infinita. Era un hombre muy joven, muy alto y delgado, vestido con pantalones demasiado cortos y una chaqueta demasiado estrecha. Tenía la tez rosada como una muchacha joven, la frente ancha perfilada por el pelo rapado y una barba rubia mal arreglada. Le brillaban los ojos con inteligencia. No parecía ni remotamente avergonzado y sonrió de manera agradable, sin rastro de ironía.

Filleul lo observó con una desconfianza agresiva. Los dos gendarmes avanzaron.

—Señor juez, está claro que sospecha que soy uno de los cómplices —comentó el joven alegremente—. Pero, si fuera así, ¿no me habría escapado en el momento adecuado, siguiendo el ejemplo de mi camarada?

—Podría haber esperado...

—Toda esperanza habría sido absurda. Piénselo, seguro que acaba estando de acuerdo conmigo.

Filleul lo miró directamente a los ojos.

—¡Basta de bromas! —exclamó con sequedad—. ¿Cómo se llama?

—Isidore Beautrelet.

—¿Su profesión?

—Estudiante de Retórica en el instituto Janson-de-Sailly.

Filleul le miró a los ojos y siguió hablándole con brusquedad:

—¿Qué cuento es ese? Estudiante de Retórica.

—En el instituto Janson, rue de la Pompe, número...

—Se está burlando de mí —exclamó Filleul—. No es necesario seguir prolongando este juego.

—Debo reconocer, señor juez, que su asombro me sorprende. ¿Qué tiene de malo que sea estudiante en la escuela Janson? ¿Tal vez la barba? No se preocupe, la barba es falsa.

Isidore Beautrelet se arrancó los pocos rizos que adornaban su barbilla. Su cara imberbe parecía aún más joven y sonrosada, un auténtico rostro colegial.

—¿Me cree ahora? —le dijo con una sonrisa infantil que dejaba ver sus dientes blancos—. ¿Necesita más pruebas? Aquí tiene, en estas cartas de mi padre puede leer la dirección: «Isidore Beautrelet, alumno interno en el instituto Janson-de-Sailly».

Convencido o no, a Filleul no parecía acabarle de gustar la historia.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó en tono brusco.

—Estoy estudiando.

—Hay escuelas para eso. Como la tuya, por ejemplo.

—Se olvida, señor juez, de que hoy, 23 de abril, estamos en plenas vacaciones de Pascua.

—¿Y?

—Pues que tengo total libertad de usar estas vacaciones como me plazca.

—¿Y tu padre?

—Mi padre vive lejos, en Saboya, y fue él mismo quien me aconsejó que hiciera un pequeño viaje por las costas del canal de la Mancha.

—¿Con una barba postiza?

—No, eso no. Eso fue idea mía. En el instituto, a menudo hablamos de aventuras misteriosas y leemos novelas de detectives. A veces nos disfrazamos. Nos imaginamos un montón de situaciones complicadas y terribles. Así que he querido divertirme y me he puesto una barba falsa. Además, tenía la ventaja de que me tomaron en serio y fingí ser un reportero parisino. Así es como anoche, después de más de una semana

sin nada que destacar, tuve el placer de conocer a mi colega de Ruan, y esta mañana, al enterarse del asunto de Ambrumésy, amablemente me ofreció acompañarlo y alquilar un coche a medias.

Isidore Beautrelet contó todo esto con una sencillez sincera, un poco ingenua, y les fue imposible no darse cuenta de su encanto. El propio Filleul, aunque mantenía una reserva desafiante, disfrutó escuchando el relato.

—¿Y estás satisfecho con tu expedición? —le preguntó en un tono menos tosco.

—¡Encantado! Nunca había visto un caso de este tipo antes y además no le falta interés.

—Ni misteriosas complicaciones de las que tanto te gustan.

—Es que son apasionantes, señor juez. No conozco mayor emoción que ver cómo los hechos van emergiendo de entre las sombras y cobran forma, por así decirlo, hasta forjar una verdad probable.

—Una verdad probable, sí que vas deprisa, joven. ¿Quiere decir eso que ya has encontrado una solución al acertijo?

—No, no —comentó Beautrelet entre risas—. Es solo... Me parece que hay algunos puntos de la historia sobre los que no es imposible formarse una opinión, y otros, incluso, son tan precisos que bastan para llegar a una conclusión.

—Ah, qué curioso. Por fin voy a sacar algo en claro de todo esto porque he de confesar con cierta vergüenza que no sé nada.

—Eso es porque no ha tenido tiempo de reflexionar, señor juez. Reflexionar es esencial. Rara vez los hechos no nos lleven hasta la explicación. ¿No lo cree? En cualquier caso, no sé nada más que lo que figura en el informe oficial.

—Estupendo. Así que, si te pregunto qué artículos fueron robados de este salón...

—Respondería que lo sé.

—¡Bravo! Parece que el muchacho sabe más que el propio dueño de la casa. Pero el conde De Gesvres conoce bien cada una de sus pertenencias, mientras que el señor Beautrelet no. Faltan una estantería y una estatua a tamaño real que no había visto nadie. ¿Y si te pregunto el nombre del asesino?

—Respondería que también sé quién es.

Todos los presentes se estremecieron. El fiscal y el periodista se acercaron. El conde De Gesvres y las dos muchachas escucharon atentamente, todos impresionados ante la tranquilidad que desprendía Beautrelet.

—¿Conoces el nombre del asesino?

—Sí.

—¿Y tal vez también el lugar donde se encuentra?

—Sí.

Filleul se frotó las manos.

—Qué suerte. Esta captura será el momento culminante de mi carrera. ¿Y puedes compartir con nosotros ahora mismo estas deslumbrantes revelaciones?

—Ahora mismo, sí. O, si no ve ningún inconveniente, en una o dos horas, cuando haya presenciado la investigación que está llevando a cabo hasta el final.

—No, hombre, no. Ahora mismo, joven.

En ese momento, Raymonde de Saint-Véran, que desde el comienzo de esta escena no había apartado la mirada de Isidore Beautrelet, avanzó hacia Filleul.

—Señor juez.

—¿Qué desea, señorita?

Dudó durante dos o tres segundos, con la mirada fija en Beautrelet. Después, dirigiéndose a Filleul:

—Quiero que le pregunte al señor por qué caminaba ayer por el sendero que conduce a la puertecita.

Fue un giro tan espectacular que hasta Isidore Beautrelet parecía desconcertado.

—¿Yo, señorita? ¿Me vio ayer?

Raymonde se quedó pensativa, con los ojos todavía fijos en Beautrelet, como si tratara de establecer su convicción.

—Sobre las cuatro de la tarde, mientras cruzaba el bosque, me encontré en el sendero con un joven de la estatura del caballero, vestido como él, con una barba como la suya. Y me dio la impresión de que trataba de esconderse —dijo en un tono tranquilo.

—¿Y era yo?

—Me resulta imposible afirmarlo de manera absoluta, porque el recuerdo es un poco difuso. Sin embargo, creo que sí, de lo contrario el parecido sería inusual.

Filleul estaba perplejo. Ya lo había engañado el conductor, ¿se la iba a jugar también este supuesto estudiante?

—¿Qué tienes que decir al respecto?

—Que la señorita está equivocada y que puedo demostrarlo fácilmente. Ayer, a esa hora, estaba en Veules.

—Tendremos que probarlo. En cualquier caso, la situación ya no es la misma. Sargento, uno de sus hombres vigilará a este señor.

El rostro de Isidore Beautrelet mostró una gran irritación.

—¿Por mucho tiempo?

—El tiempo que tardemos en recopilar la información necesaria.

—Señor juez, le ruego que intente reunirla lo más rápido y discretamente posible.

—¿Por qué?

—Mi padre está mayor. Lo quiero mucho y no querría que sufriera por mi culpa.

El tono lastimero de su voz desagradó a Filleul. Toda la escena le parecía un melodrama. Sin embargo, se lo prometió.

—Esta noche, mañana como muy tarde, sabré a qué atenerme.

La tarde avanzaba. El juez regresó a las ruinas del antiguo claustro después de ordenar que no dejaran entrar a ningún curioso y pacientemente, de manera metódica, dividió el terreno en parcelas que fue analizando sucesivamente dirigiendo él mismo las investigaciones. Pero al final del día apenas había avanzado y declaró lo siguiente frente al ejército de reporteros que había invadido el castillo:

—Caballeros, todo apunta a que el hombre herido está aquí, al alcance de nuestras manos, todo excepto la realidad de los hechos. Por lo tanto, en nuestra humilde opinión, debe haber escapado y por lo tanto lo encontraremos fuera.

Sin embargo, como precaución, organizó junto con el sargento la vigilancia del parque y, después de un nuevo examen de los dos salones y una visita completa al castillo, tras haber recogido toda la información necesaria, reanudó el camino a Dieppe con el fiscal.

Llegó la noche. Como la salita debía permanecer cerrada, trasladaron el cadáver de Jean Daval a otra habitación. Dos mujeres del pueblo lo velaban acompañadas por Suzanne y Raymonde. En la planta inferior, bajo la atenta mirada del guardia encargado de la vigilancia, el joven Isidore Beautrelet dormía en el banco del viejo oratorio. Fuera, los gendarmes, el granjero y varios campesinos habían tomado posiciones entre las ruinas y a lo largo de los muros.

Todo permaneció tranquilo hasta las once pero, entonces, se oyó un disparo al otro lado del castillo.

—¡Atención! —exclamó el sargento—. Quiero que dos hombres se queden aquí, Fossier y Lecanu. Los demás, ¡rápido!

El grupo echó a correr y rodearon el castillo por la izquierda. Vieron una silueta desaparecer entre las sombras. Inmediatamente después, se escuchó un segundo disparo más lejos, casi en los límites de la granja. Y de repente, justo cuando

llegaron en tropel a los setos que bordeaban el huerto, vieron llamas que se elevaban a la derecha de la casa del granjero seguida de otras que a continuación formaron una gruesa columna. El granero, completamente lleno de paja, se consumía pasto de las llamas.

—¡Sinvergüenzas! —exclamó el sargento Quevillon—. Sin duda son ellos los que han provocado el fuego. Vamos. No pueden estar muy lejos.

Pero el viento empujaba las llamas hacia la casa, así que primero debían ocuparse de ese peligro. Poco después, De Gesvres llegó al lugar del desastre y les prometió una recompensa por sus esfuerzos, así que pusieron todo su empeño en la tarea. Eran las dos de la mañana cuando por fin controlaron el fuego. Para entonces, cualquier persecución habría resultado inútil.

—Volveremos para analizar la zona cuando se haga de día —dijo el sargento—. Encontraremos los rastros que seguro han dejado.

—No me importaría conocer el motivo de este ataque —añadió De Gesvres—. No sé qué sentido tiene prenderle fuego a la paja.

—Venga conmigo, señor conde, creo que puedo decirle la razón.

Juntos llegaron hasta las ruinas del claustro.

—¿Lecanu? ¿Fossier? —llamó el sargento.

Otros gendarmes se pusieron a buscar a los camaradas que habían dejado de guardia. Los encontraron en la entrada de la pequeña puerta tumbados en el suelo, atados, amordazados y con los ojos vendados.

—Señor conde —murmuró el sargento mientras liberaban a los gendarmes—, nos la han jugado pero bien.

—¿Cómo?

—Los disparos, el ataque, el incendio... Todo ha sido para

apartarnos de aquí, nada más que una distracción. Mientras tanto, han atado a nuestros dos hombres y caso cerrado.

—¿De qué habla?

—¡De que se han llevado al herido!

—¿Eso cree?

—Sin duda. Estoy seguro. Se me ocurrió la idea hace unos diez minutos, pero es una lástima que no se me haya ocurrido antes. Los habríamos atrapado a todos.

Quevillon golpeó el suelo con el pie en un repentino estallido de rabia.

—Pero ¿cómo? ¿Por dónde se lo han llevado? ¿Por dónde? ¿Y dónde se escondía ese canalla? Es imposible. Hemos estado buscándolo todo el día por todas partes. Nadie puede esconderse entre la hierba, especialmente si está herido. Estas historias no son más que fantasías.

Pero no era la única sorpresa que esperaba al sargento Quevillon. Al amanecer, al entrar al oratorio que servía de celda para el joven Beautrelet, descubrieron que había desaparecido. Encorvado en una silla dormía el guardia. A su lado, una jarra y dos vasos. En el fondo de uno de los vasos, se veía un poco de polvo blanco.

Después de examinarlo, descubrieron que, en primer lugar, Beautrelet había administrado un narcótico al guardia, que solo había podido escapar por una ventana situada a dos metros y medio de altura y, por último, que solo habría sido capaz de llegar a la ventana utilizando la espalda de su guardián para auparse. Un detalle de lo más encantador.